

---

## ¿Políticas neutrales o planificación sectorial? Un viejo debate con ribetes nuevos

---

*Andrés Musacchio*

IDEHESI - UBA/Conicet

andresmusacchio@hotmail.com

Fecha de recepción: 12 de abril de 2020

Fecha de aprobación: 8 de junio de 2020

Con la crisis de 2007, el neoliberalismo comenzó a deshilacharse. Desde entonces, los países que lograron recuperarse recurrieron a medidas activas para promover transformaciones productivas, con protección y apoyo selectivo para el cambio tecnológico, alejándose de la vía neoliberal. Esto reaviva la discusión sobre las formas eficaces para plantear la problemática del desarrollo. Especial interés cobraron así los aportes de la economista italiana Mariana Mazzucato (2014), quien reinstala el análisis del rol del Estado en el desarrollo tecnológico, tematizando la tensión entre la búsqueda de ganancias privadas inmediatas y la estrategia de largo plazo del Estado en la transformación material. Se retoma, pues, un antiguo debate en la literatura económica, que cuestiona la perspectiva dominante de que una política de desarrollo debe sostenerse en instrumentos neutrales que den un marco al mercado, encargado de descubrir los nichos adecuados.

En el centro del presente artículo intentaremos explorar algunas viejas tesis sobre las políticas para el desarrollo. Ese recorrido por la historia del pensamiento económico y la historia económica concluirá con algunas reflexiones sobre las perspectivas y los límites que dichos debates plantean para una economía que intente enhebrar un proceso de desarrollo sostenido y sustentable. Eso permitirá, como corolario, abrir un debate sobre las prioridades en la Argentina actual.

### **El desarrollo y el establishment neoliberal**

Con el surgimiento del neoliberalismo, la percepción sobre el subdesarrollo se alejó del consenso existente hasta entonces. La profunda crisis de los

años '70 permitió cuestionar ideas como el rol de la demanda o del sector industrial como prioritario. La teoría de la oferta fue letal para las ideas del desarrollo e impuso el resurgimiento de la teoría de las ventajas comparativas, el establecimiento de condiciones excepcionales para fortalecer las tasas de ganancia como norte y la neutralidad como dogma (cfr. Musacchio, 2013). Con tales premisas, se fortaleció la perspectiva que enfoca la cuestión del subdesarrollo como una problemática derivada de factores internos, vinculados a la ineficiencia y la asignación errónea de los recursos. Por intereses mezquinos de las élites o errores de política, algunos países se habrían retrasado y solo la voluntad interna de cambio bastaría para retomar el sendero adecuado. La solución sería netamente técnica, como se intuye en las recomendaciones de los organismos internacionales.

Un cambio drástico fue el abandono de la concepción "relacional", que entiende el desarrollo y el subdesarrollo como una relación asimétrica entre clases, sectores y países, y con la capacidad de sostenerse en el tiempo. En su lugar se colocó en el centro los comportamientos individuales de países, de grupos, de empresas, de personas. Las políticas de desarrollo viraron al objetivo de "educar" a los participantes para que asuman sus responsabilidades. No es curioso, entonces, que en un mundo "regido por las cadenas de valor", el "desarrollo sustentable" sea reemplazado de a poco por la noción de "responsabilidad empresaria". La catástrofe ambiental y la polarización del ingreso ponen hoy a las firmas transnacionales en la picota, pero evitando cuestionar el sistema e interrogándose solo sobre la conducta individual de algunas empresas y empresarios a ser "domesticados". Serían desvíos indeseables a combatir y no una característica intrínseca del sistema.

La realidad, empero, cuestiona este tipo de enfoques. Es difícil dar con una época en la que la desigualdad haya crecido tanto. No importa si nos referimos a niveles de ingresos entre naciones, a distribución funcional del ingreso, a la apropiación de los excedentes, a la capacidad para imponer políticas o al poder en las instituciones internacionales. El mundo actual desmiente rotundamente los fundamentos de la nueva teoría del desarrollo. El mundo está peor si uno es optimista, o mucho peor, si uno es realista. Algunos parecen desayunarse con el vehemente discurso de Greta Thunberg de que el planeta está caminando sobre la cornisa de su existencia misma. En cierta forma, parecería que la creciente brecha entre países desarrollados y subdesarrollados fuera, de acuerdo con la teoría dominante, la confirmación de que vivimos en un planeta de tontos y forajidos, salvo que el problema esté en la teoría y las respuestas necesarias sean otras. El panorama será, entonces, muestra de la insuficiencia del enfoque dominante. La discusión puede zanjarse repasando algunas ideas olvidadas.

### Algunos debates teóricos

En rigor, la perspectiva dominante en el campo del desarrollo entronca con una larga tradición que se remonta, al menos, a los trabajos de Lewis (1954) y Rostow (1960). En especial, tres ejes sirven de lazo; son los siguientes:

- a) el problema central se encontraría en los procesos internos más que en el entramado de vínculos internacionales desiguales;
- b) el subdesarrollo sería un desfase temporal, un desacople entre el ritmo interno y el ritmo de los países desarrollados, con lo cual el desarrollo sería, pues, tan solo un proceso de convergencia;
- c) las cuestiones estructurales jugarían un rol secundario, sobre todo en el sector industrial.

Para desgajar algunas ideas, nos apoyaremos aquí en una tradición diferente. Una vieja vertiente solía demarcar sus hipótesis tanto positivas como negativas: en este caso, qué no debía entenderse como subdesarrollo. Con matices en el énfasis, los "autores clásicos" negaban que el desarrollo fuese un problema cuantitativo ligado a variables como la pobreza, la desigualdad, la cobertura educativa o la salud. Afirmaban que el subdesarrollo tampoco estaba asociado a retrasos temporales. Desde esa perspectiva, el subdesarrollo (o el desarrollo) no es una cuestión intrínseca o un proceso evolutivo individual, sino el fruto de una articulación a esquemas de relaciones internacionales. Esa es, probablemente, una brecha clave entre las dos tradiciones: si para los primeros el nudo gordiano es interno, para los segundos se encuentra en relaciones internacionales asimétricas, en las que polos perpetúan sus roles. El proceso solo puede quebrarse modificando drásticamente algunas condiciones de dicho vínculo. En esta segunda perspectiva hay, por supuesto, encarnizadas discusiones, incluso en las formas de rotular a los participantes del vínculo (centro-periferia, desarrollo-subdesarrollo, dependencia-independencia, dominados-dominadores, países explotadores-países explotados, burgonaciones y países proletarios...), pero más importante es su trasfondo y las recomendaciones derivadas. Veamos algunos ejemplos.

El inicio es Friedrich List (1841), ideólogo fundamental en los procesos de desarrollo de Alemania y los Estados Unidos. Descartemos la visión *naive* de asociarlo solo al proteccionismo, pues su obra aborda integralmente la cuestión del **desarrollo de las fuerzas productivas**. Estas consistían, según List, en la capacidad de una sociedad para producir y retener riquezas. Excedían el "capital cosificado" como maquinarias y abarcaba la capacidad innovativa e ingenieril, el espíritu emprendedor y la formación y educación de una sociedad. Por eso, insistía, cuando algún país toma la delantera, el libre juego del mercado refuerza la asimetría e impide el desarrollo de las fuerzas productivas de los rezagados. Como respuesta, deben entonces articularse políticas

específicas internas, con un aislamiento parcial frente a los más avanzados. Implícitamente, List introducía las nociones de tiempo, de fragmentación espacial y de dinámica social.

Un joven Marx (1845) criticaba ácida e infundadamente a List. En sus obras principales, su percepción es diferente. Aunque en *Das Kapital* (1867) solo lo cita dos veces, destaca con Engels que su obra es lo mejor de la literatura burguesa alemana. Es que List era un pilar para su propio análisis del desarrollo de las fuerzas productivas, uno de los dos polos de su interpretación del capitalismo. El otro polo, ausente en List, es el desarrollo de las relaciones sociales de producción. En Marx queda claro que no se trata exclusivamente de un proceso técnico-material, sino también de una trama de relaciones sociales, que involucra tanto a las clases sociales como a los grupos de clase con diferentes intereses en pugna.

Al menos dos senderos se abren entre los seguidores de Marx. Por un lado, los debates sobre el imperialismo pusieron el foco sobre las relaciones internacionales. Las asimetrías consolidaban los vínculos entre las potencias y los países más débiles: a través de los primeros explotaban a los segundos. Abstrayendo los diferentes factores explicativos, un rasgo común de la perspectiva es la estabilidad temporal de estas relaciones, que impide el desarrollo de las fuerzas productivas de un polo y potencia el del otro. El juego de los mercados consolida las relaciones de dominación y la conjuga con la coerción, la violencia o el convencimiento ejercidos por el polo dominante. Por eso algunos autores (cfr. Arrizabalo Montoro, 2016) entienden al imperalismo como un estadio que bloquea el desarrollo de las fuerzas productivas.

El segundo sendero apunta a lo tecno-productivo, aunque los factores sociopolíticos conservan un papel relevante. En especial se recortan los debates en la URSS de los años '20, como la polémica entre Bujarin y Preobrazhenski<sup>1</sup>. Especialmente el último (1970) enfatiza la necesidad de privilegiar la industrialización por sobre el sector agrícola, a partir de un intercambio no equivalente que transfiriera recursos del agro a la industria, cuestionando la noción del crecimiento intersectorial equilibrado. Dada la relevancia estratégica de la industria pesada en una trayectoria de largo plazo, esta debía ser privilegiada en la planificación. El sutil análisis de Preobrazhenski (1970) fundamenta la necesidad de establecer sectores prioritarios, planificar su expansión, darles un ritmo acelerado y transferir recursos desde otros sectores menos relevantes.

Otro mojón relevante es el aporte de Gerschenkron (1962), quien destaca el rol de instrumentos institucionales. Para él, esta cuestión es relevante, pues

---

1- Para un análisis de la polémica, cfr. Howard/King (1989), cap. 15.

los países “retrasados” carecen casi de capital. Si el desarrollo debe hacerse con una escala de producción lo suficientemente alta y una tecnología situada en la frontera, para poder superar el látigo de la competencia internacional, se deben concentrar y orientar los recursos en algunas líneas prioritarias de producción y estimularlas con un financiamiento de largo plazo que confronta la lógica cortoplacista de la inversión financiera (Gerschenkron, 1962: 13). Por eso, además, la cuestión bancaria adquiere un carácter decisivo.

La segunda posguerra transformó el esquema de relaciones internacionales. La expansión de la influencia de la URSS y del sistema socialista desafió al bloque capitalista y resignificó el debate sobre la brecha que separaba algunas sociedades de otras y los caminos para tratar de cerrarla. La cuestión cobró impulso teórico y práctico. Algunos sostenían que alcanzaba con “donar” la infraestructura para mejorar las condiciones de salud, salubridad y educación con programas de asistencia al desarrollo como la Alianza para el Progreso (cfr. Rebmann y Musacchio, 2018). Para otros, era necesario encarar transformaciones profundas.

Especialmente rico fue el debate heterodoxo, donde la CEPAL, la corriente dependientista, el desarrollismo “a la Frigerio” y autores marxistas entablaron una conversación fructífera, condensando los dos debates previos: cuáles eran las condiciones técnico-materiales para el desarrollo autosostenido de las fuerzas productivas y cómo romper los lazos “extraeconómicos” que subordinaban los procesos internos a las decisiones externas; es decir, cuáles eran las condiciones políticas y sociales para una política de desarrollo, lo que remitía a la cuestión del poder, las relaciones entre clases y sectores y las correlaciones de fuerzas.

Un aporte central fue el de Bettelheim (1965), quien proponía reemplazar el término “subdesarrollo” por el de “países explotados, dominados y con economía deformada”. Criticando ácidamente a Rostow, centraba el análisis en las relaciones de explotación y de dominación como factor del bloqueo. Su crítica al concepto de subdesarrollo no mellaba a algunas visiones, como la de Frigerio (1983: 94-104), que lo definían de una manera muy cercana a la concepción de Bettelheim.

Su caracterización de la problemática, diferenciándola de lo ocurrido en el pasado en los países desarrollados, incluía la dependencia del exterior, la hipertrofia de algunos sectores ligados al comercio exterior fuertemente penetrados por el capital extranjero, los ciclos asociados al precio de las materias primas, las obligaciones con el extranjero, la competencia desigual frente a las industrias ya establecidas o la dependencia de las importaciones de equipos. “Si bien estaban poco industrializadas, estas economías [las de los países desarrollados] no estaban ni deformadas, ni desequilibradas, sino, al

contrario, integradas y autodeterminadas” (Bettelheim, 1965: 31).

La polémica sobre el intercambio desigual (Emmanuel, 1972; Amin *et al.*, 1971) potenció la hipótesis de que el subdesarrollo es una permanente transferencia de riquezas desde los países subdesarrollados a los desarrollados, que boquea la acumulación. El excedente se fuga por diferentes vías y fortalece la acumulación de los países desarrollados y debilita a los subdesarrollados. El fenómeno integra las dimensiones económica y política, y entronca con la trama de relaciones internacionales.

Así, el camino del desarrollo impone la recuperación de los instrumentos de control interno de la economía y, simultáneamente, una transformación de la estructura técnico-material que limite el drenaje de recursos y fortalezca la acumulación interna. De allí se concluye que el desarrollo de las fuerzas productivas es un proceso de cambio estructural profundo en la morfología de la producción, en el que algunas ramas industriales tienen un valor estratégico mayor que otras. Esto abre el interrogante sobre qué industrias privilegiar. ¿Es necesario garantizar una neutralidad en la política económica que estimule a toda la economía y descubra las ventajas comparativas? ¿O es preciso establecer prioridades e impulsar desde el Estado a sectores específicos, por fuera de las condiciones de mercado?

Una primera discusión nos devuelve a la polémica Bujarin-Preobrazhenski. ¿Debe darse prioridad a los bienes de consumo o a los de producción? La primera hipótesis se apoya en la necesidad de una demanda efectiva como base para la expansión. Sin industria textil no habría demanda de telares. La segunda tiene ribetes más complejos. Por un lado, incluye la certeza de que cada rama industrial tienen siempre efectos aguas arriba y aguas abajo de la cadena productiva: la producción de telares impulsará tarde o temprano la producción de textiles. Pero en las ramas de bienes de producción, en la industria pesada, en la metalmecánica, se asienta el proceso de transferencia de valor y de control de las estructuras productivas. Por eso, son el núcleo duro del desarrollo de las fuerzas productivas.

En la teoría, el planteo resulta convincente. Una porción importante del flujo de recursos desde los países subdesarrollados se concreta en el intercambio de productos de bajo valor agregado por otros de alto valor agregado, de sectores con una baja composición orgánica del capital por otros con una alta composición orgánica. La única forma de quebrar la transferencia de valor es priorizar dichos sectores. En términos prácticos, el proceso es menos lineal, como muestra la experiencia de Portugal en los años 1960. La construcción de una industria pesada con un nivel tecnológico cercano a la frontera puede generar una economía dual, con un sector “moderno” desconectado del resto y sin efectos sobre las estructuras sociales y el mercado

de trabajo. El mero desarrollo de las industrias de medios de producción no garantiza una estructura productiva articulada (Reis, 2018). Así, poner en el centro las prioridades no exime de pensar cómo se generan o refuerzan los encadenamientos y la integración de la economía y la sociedad. No obstante, a la inversa, un proceso de integración no puede llevarse a cabo sin el despliegue de algunos sectores clave.

### **De potencialidades y prioridades: incidencia en los debates actuales**

La expresión más gráfica para rotular las distintas potencialidades de sectores diferentes fue el del economista francés Gerard de Bernis con sus "industrias industrializantes". Con ella, destacaba la necesidad de priorizar industrias específicas como base para un desarrollo coherente e intravertido, con el objetivo de cerrar los baches de la matriz interindustrial y en las funciones de producción. Esto requería de nuevos conjuntos de máquinas, que incrementen la productividad del trabajo y promuevan la reestructuración económica (de Bernis, 1971: 547).

Las "industrias industrializantes" permiten potenciar un sendero de creación de conocimientos y de acumulación de capital físico, con incrementos sostenidos de la productividad y un efecto multiplicador potenciado sobre el resto de la economía. Por eso, determinan las características de la estructura productiva y permiten fijar un conjunto de contratendencias a la caída de las tasas de ganancia internas. En las economías subdesarrolladas, la cuestión de las tasas de ganancia no remite solo a la formación del excedente, sino también a la incapacidad para retenerlo. Por eso las industrias industrializantes son aquellas que permiten simultáneamente potenciar la acumulación de capital y retener el excedente generado.

El proceso de desarrollo se sostiene, pues, estableciendo prioridades, impulsadas por políticas sectoriales específicas, y no con un marco neutral para descubrir ventajas específicas. Esto no es privativo de los países que desean salir del subdesarrollo. El *desarrollo de las fuerzas productivas* nunca termina, al igual que los desafíos de los hacedores de política; se trata de un proceso permanente, como ejemplifican a diario las grandes potencias, aunque prediquen lo contrario. Cuando, por caso, Alemania establece la "industria 4.0", aplica medidas específicas para organizar la "muerte programada" de sectores considerados sin futuro; reconvertir sectores amenazados pero rescatables y promover industrias consideradas clave de cara al futuro.

Para economías con una densidad industrial mediana como la argentina, las políticas selectivas tienen dos justificativos. Son, por un lado, imprescindibles para superar los problemas estructurales descritos en las páginas precedentes. Pero, además, constituyen un camino más fácilmente transita-

ble, pues la capacidad interna de acumulación de capital y el “stock” de conocimientos técnicos, sin ser suficientes, son comparativamente altos. Dos conjuntos de problemas deben abordarse para avanzar en esa dirección: la fijación de las prioridades sectoriales y las políticas para fomentarlas. Aquí solo abordaremos el primer aspecto.

Un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas debe tener tres características. En primer lugar, debe *gestar una estructura productiva articuladora*, es decir, que evite ser apéndice de circuitos productivos internacionales y retenga los tramos principales de dichos circuitos (la coherencia que reclamaba de Bernis). De ese modo, es posible modelar internamente la estructura productiva, el carácter intravertido (que no debe confundirse con autarquía). Una característica del desarrollo es, siguiendo a Bettelheim, convertirse en economías integradas y autodeterminadas.

En segundo lugar, debe *detener la sangría de riqueza y retener internamente el excedente que produce* (Musacchio, 2019). Para ello debe regular los movimientos de capitales y el mercado financiero, y convergir a niveles razonables de deuda. También las transferencias visibles e invisibles de las firmas transnacionales, especialmente el comercio intrafirma, debe ser sometido a control. Pero eso alcanza. Además, debe desarrollar sectores que potencien la acumulación interna y retengan el fruto del trabajo local, evitando su fuga por medio del intercambio desigual, precios monopólicos, rentas tecnológicas, “fuga de cerebros” e intercambio de trabajo de bajo valor agregado por trabajo complejo. Es decir, también cerrar la fuga de recursos invisibles.

En tercer lugar -probablemente el primer bloqueo a quebrar-, debe poder *determinarse internamente las políticas “permitidas”*. Las condicionalidades de la deuda, las fragilidades del sector externo, la baja recaudación tributaria o la necesidad de equilibrios macroeconómicos de corto plazo establecen relaciones de dependencia complejas. Quienes financian los déficit o modelan las características del intercambio (por ejemplo, con acuerdos de librecomercio), determinan también qué políticas son adecuadas y cuáles no. Generalmente, tales políticas suelen profundizar el drenaje de recursos. Por eso, recuperar la iniciativa en la política económica es imprescindible para movilizar los recursos disponibles en dirección a las prioridades sectoriales. Esto supone alguna forma de planificación.

Desde una perspectiva sectorial, se recortan al menos tres conjuntos de ejes prioritarios. El primero es el llamaremos “industrias industrializantes genéricas”, que constituyen la base de un modelo consistente, coherente e intravertido. La industria capital de este grupo es la metalmecánica, la producción de maquinarias. Un canal principal de la dependencia es el de la

dependencia tecnológica, pues condiciona lo que el país produce y la forma en que lo hace. La metalmecánica es, además, central en la utilización de mano de obra especializada con las cotas más altas de valor. Es, también, clave para la construcción y la operación de la infraestructura, que permite las demás actividades. El desarrollo de la infraestructura es, a su vez, la segunda prioridad, y requiere también una planificación espacial adecuada para integrar el territorio, equiparar paulatinamente las condiciones de vida en una economía socialmente solidaria e incentivar pequeñas producciones locales con impacto decisivo en el consumo y el empleo. La infraestructura se encadena con la producción de la industria de base, la producción de metales y sus manufacturas o de productos químicos. También una industria de transportes local tiene un carácter prioritario. Se trata de un sector que demanda un perfil propio para internalizar las características del país y las necesidades que de ellas emergen.

Ahora bien, estas prioridades dependen de otras actividades, en las que pueden generarse cuellos de botella en el comercio exterior o en la producción interna, que frenan el impulso. Aunque dichos sectores tienen menos impacto en la acumulación, se tornan prioritarios y constituyen el segundo grupo mencionado. Los cuellos de botella pueden anticiparse con instrumentos como matrices de insumo-producto. La aproximación adecuada a los coeficientes técnicos resulta clave en el camino del desarrollo. La historia argentina del último siglo recalca el carácter prioritario de la producción de energía y combustibles, así como los bloqueos cuando se pierde el autoabastecimiento. Lo mismo ocurre con los materiales de construcción. En debate, en cambio, está la necesidad de desarrollar una industria de productos electrónicos. ¿Es prioritario producir teléfonos celulares importando microcomponentes o puede recurrirse abiertamente a la importación completa?

La matriz insumo-producto no especifica la forma de satisfacer esas demandas o las características de las industrias del primer bloque. Así, un tercer bloque de prioridades debe estar asociado a los desafíos futuros de la matriz tecnoproductiva. ¿Cómo anticiparse a los desafíos del mundo de los próximos veinte o treinta años? ¿Cómo influir en ese mundo con los desarrollos propios que permitan ser modeladores y no espectadores? Esto abre dilemas importantes, por ejemplo, en el campo energético. ¿Debe apostarse a la explotación de combustibles fósiles con *fracking* o explorarse prioritariamente las nuevas alternativas de fuentes renovables como energía hidroeléctrica, eólica, solar o biomasa? Este dilema obliga a incorporar dos dimensiones adicionales, que inserten la discusión del desarrollo de las fuerzas productivas con el desarrollo de las relaciones sociales de producción, conformando un desarrollo ecosocial incluyente. En este punto, algunas

nuevas ideas están relanzando los debates sobre política industrial, bajo el ala de la “política industrial progresista”. Algunos economistas enfatizan instrumentos que incrementen la eficiencia, estimulen el cambio técnico y estructural, pero también permitan, a partir de cambios en el balance de poder, mejorar la distribución del ingreso, la calidad del empleo, la democratización de la sociedad y la sustentabilidad ecológica (Pianta *et al.*, 2016). El enfoque conjuga los aspectos técnicos con la reintroducción de la disputa por una política industrial en el contexto de pujas entre grupos (es decir, abandona también la neutralidad social), con la necesidad de involucrar a actores no tradicionales como organizaciones obreras u organizaciones no gubernamentales. En tercer lugar, apuntar al quiebre de las políticas interregionales del trabajo con la planificación de un desarrollo integrador del territorio (Edel y Schneider, 2018). Se trata de pensar el desarrollo en un contexto de mayor equilibrio social. El fortalecimiento de la acumulación debe provenir de un salto de calidad en las condiciones de producción y de la retención de la riqueza, no de una mayor polarización del ingreso. El rumbo es un modelo autocentrado, con una mayor capacidad de consumo interno y el objetivo de superar aceleradamente la desocupación, la pobreza y las condiciones inhumanas del trabajo. El proceso debe articularse también con el equilibrio ecológico, afirmado en el horizonte de largo plazo de la planificación. De nada sirve el desarrollo de las fuerzas productivas si su resultado es la devastación de la naturaleza, la pérdida de la soberanía acuifera, la fumigación indiscriminada sobre poblaciones urbanas o la deslocalización forzada de comunidades poblacionales.

### **Conclusiones**

Con la crisis del neoliberalismo, potenciada con el Covid-19, el rol del Estado ganó en centralidad. Por eso, reforzó una perspectiva que cuestiona las estructuras asimétricas en las relaciones económicas internacionales, que tienden a polarizar la acumulación del excedente. Las transformaciones son posibles solo con políticas no neutrales, que apunten a modificar dichas estructuras asimétricas. Por supuesto, un desarrollo de las fuerzas productivas solo puede realizarse junto con cambios políticos y sociales internos, en las relaciones sociales de producción y en la trama institucional. Así, vuelve a discutirse la necesidad de la industrialización, con el rol prioritario de algunas ramas, las “industrias industrializantes”. En las condiciones actuales, se destacan tres conjuntos de sectores prioritarios: los que potencian la acumulación interna, los que permiten superar cuellos de botella y los que ayudan a anclar un desarrollo ecosocial incluyente. Los desafíos son notables. La desarticulación proveniente de las experiencias neoliberales dejaron

enormes vacíos en la trama productiva y potenciaron la necesidad de cerrar desequilibrios urgentes en los breves interregnos de políticas con un mayor contenido nacional. La postergación de los cambios estructurales suele pasar factura a mediano plazo y, por eso, resulta imprescindible abordarlos a tiempo. Tal vez el nuevo contexto de crisis y los cambios en el sistema internacional permitan impulsar un debate que ya no puede ser soslayado.

---

### Referencias bibliográficas

Amin, S. et al. (1971). *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual*. México: Siglo XXI.

Arrizabalo Montoro, X. (2016). *Capitalismo y economía mundial*. Madrid: Instituto de Economía Marxista.

Bettelheim, C. (1965). *Planeación y crecimiento acelerado*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

De Bernis, G. (1971). Les industries industrialisantes et les options algériennes. *Tiers-Monde*, 12(47), 545-563.

Edel, J. y Schneider, E. (2018). Progressive Industriepolitik – Ein Ausweg für Europa!? *Wirtschaft und Gesellschaft*, 44(4), 471-502.

Emmanuel, A. (1972). *El intercambio desigual*. México: Siglo XXI.

Frigerio, R. (1983). *Economía política y política económica nacional*. Buenos Aires: Hachette.

Gerschenkron, A. (1962). *Economic backwardness in historical perspective*. Cambridge: The Belknap press.

Howard, M. y King, J. (1989). *A History of Marxian Economics. Volume I, 1883-1929*. New Jersey: Princeton University Press.

Lewis, A. (1954). Economic Development with Unlimited Supplies of Labour. *The Manchester School*, 22(2), 129-191.

List, F. (1841). *Das nationale System der politischen Ökonomie*. Tübingen: Cotta.

Marx, K. (1845). Über F. Lists Buch „Das nationale System der politischen Ökonomie“. Recuperado de: <https://www.marxists.org/deutsch/archiv/marx-engels/1845/list/flist.htm> [consultado el 12/6/20]

Marx, K. (1867). *Das Kapital. Band I*, Hamburgo: Otto Meissner.

Mazzucato, M. (2014). *The Entrepreneurial State: debunking public vs. private sector myths*. Londres: Anthem Press.

Musacchio, A. (2013). El ajuste: origen de la crisis europea. *Problemas del Desarrollo*, 173, 79-104.

Musacchio, A. (2019). Die Formen des Neoliberalismus und die Entwicklungsproblematik. *Zeitschrift marxistische Erneuerung*, (118), 3238.

Pianta, M., Lucchese, M. y Nascia, L. (2016). *What is to be produced? The making of a new industrial policy in Europe*. Bruselas: RLS.

Preobrazhenski, E. (1970). *La nueva economía*. Caracas-Barcelona: Ariel.

Rebmann, L. y Musacchio, A. (2018). La República Federal de Alemania frente a la Alianza para el Progreso. La competencia entre los poderes del Bloque Oeste por el Cono Sur en el marco de la Guerra Fría. En: Lilon, D. y Deák, M. (eds.) *Encuentros Europa – Iberoamérica en un mundo globalizado* (pp. 79-90). Pecs-Budapest: Fakultás Kiadó.

Reis, J. (2018). *A economía portuguesa. Formas de economía política numa periferia persistente (1960-2017)*. Coimbra: Almedina.

Rostow, W. (1960). *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.